

¿TEATRO PARA DIVERTIRSE?

Una noche con Capri cuesta, en la platea, doscientas pesetas. Súmese a ellas el parking y la gasolina, el café y la propina, y dividase el total por los cuarenta y cinco minutos que el actor está en escena. Cada minuto de una noche con Capri cuesta, pues, aproximadamente, un duro. Como decía Sempronio hace unos meses, en otros tiempos, cuando él era un niño, «amén del conflicto, quiero decir de la tesis, se les brindaba a los espectadores largos actos repletos de situaciones y de diálogo, un regimiento de buenos actores y, de propina, la primera actriz sacaba unos vestidos que dejaba boquiabiertas a las damas. Entonces, la butaca no parecía cara».

Sempronio, por supuesto, no aludía a Capri. Aludía a un espectáculo que ustedes, admiradores de Capri, público adicto a un clown que gusta vestir de gris, tal vez no habrán visto: el «Gaspar» que presentó José Luis Gómez en el teatro Capsa a principios de temporada. Pero Sempronio era injusto. En esta obra, a cambio de las ciento cincuenta pesetas que costaba la butaca, podía verse una de las mejores actuaciones que se han ofrecido en Barcelona en los últimos años y, además, un espectáculo —luz, sonido, dirección de actores— muy por encima de la media habitual. Y por añadidura, un texto que, como mínimo, no se basaba en la estulticia de los espectadores.

Pero en una noche con Capri no hay nada de eso. Este es el primer engaño. Su cita con el espectador empieza más tarde de lo previsto y acaba mucho antes de lo que éste, seguramente, desearía. Capri parece tener poco que decir a su público. O, tal vez, sabe que su público se conforma con poco. En todos los aspectos. ¿Recuerdan el «decorado» de

tacular presencia. Cuenca, presentándose al lado de Tania Doris y de una veintena de jóvenes bellezas desvestidas, midiéndose con otro buen actor —Peña—, se desafiaba a sí mismo, se exige un esfuerzo realmente meritorio. Capri, en cambio, evita toda posible competencia. No hay nada brillante a su alrededor. Ni siquiera vestidos que dejen boquiabiertas a las damas y hagan vibrar al caballero. Ni hombres que puedan distraer la atención de las señoras.

La defensa del consumidor teatral

En tales condiciones, astutamente programadas, su trabajo es fácil. Con muy poco le basta para ser el rey de la noche. Este es, en definitiva, el último eslabón de la cadena adulteradora. La fórmula de Capri es sencilla: no reirse nunca (el viejo truco de los cómicos), andar como si tuviese escocida la entepierna y repetir, con el mismo tono que usted usaría, aunque ligeramente exagerado, los mismos tópicos que se dicen y oyen cien veces cada día. Esta es la sencilla comicidad de Capri, la que provoca en el público una incomprensible carcajada cuando el divo saca su agenda y suelta esa increíble banalidad: «els números canten».

Lo grave no es que Capri se gane la vida riéndose de usted pagado por usted, sino que lo haga con tan poco esfuerzo, con unos recursos tan gastados. Que venda mercancía adulterada. La adulteración de productos se basa, como es sabido, en dos principios fundamentales: la complicidad de unas leyes que no las castigan con la debida dureza, y la ignorancia del consumidor, que viene a sumarse a las dificultades en que éste se halla, cuando descubre el engaño, para

teatro de Capri es extremadamente moralizador, didáctico, ideológico, porque, la ideología que Capri le transmite es precisamente la de este público. Es como si se iluminara con luz azul un objeto azul. Pero la luz existe.

¿Qué nos dice Capri, exactamente, en esta ocasión? Además de presentar una vez más el típico panorama de la división sexual del trabajo (es «normal» que el hombre se dedique a la producción, y la mujer al consumo), Capri nos recuerda los grandes peligros de la sociedad de consumo: las trampas del electrodoméstico, del coche y la parcela. ¿Capri atacando los valores más generalizados? ¿Capri enfrentado al gran capital, a los especuladores de la urbanización?

«El preu de la lletra» es, aparentemente, una «crítica despiadada» contra el consumismo. ¿No nos muestra acaso la ridiculez de esta Núria abocada con desenfreno al gasto ostentatorio, y la simbólica muerte de su hermana Carmen electrocutada con una lavadora? Sí, esto nos muestra. Pero situando al personaje por el interpretado en el extremo opuesto, impidiendo que usted se identifique con este violinista un tanto ridículo, Capri le está aconsejando solapadamente, por exclusión, que se sitúe usted en el virtuoso término medio: consuma, pero con prudencia; no se endeude usted demasiado; sepa que firmar letras tiene un precio. ¿Obra anticonsumista? Sólo aparentemente.

También en este terreno, el del contenido —la tesis, como diría Sempronio—, van más allá las revistas de Luis Cuenca. No es que estas revistas tengan nada de subversivo, desde luego. Pero hay al menos, en ellas, una constante exhibición de frutos prohibidos, un constante coqueteo con la ambigüedad. Recordar

UNA NOCHE CON CAPRI



«El preu de la lletra»? Es el mismo tresillo que ustedes habrán visto docenas de veces, ya casi mugriento, dispuesto de la misma forma que siempre. ¿Recuerdan esa primera escena en la que una actriz (?) les empieza a contar el argumento de la obra? La empresa siente tal desprecio por el trabajo de esta persona y por los derechos del espectador, que apagan las luces ante de que termine el monólogo y se llevan el ingenio mecánico donde actúa la actriz con gran estrépito: ni siquiera han tenido la delicadeza de engrasar las ruedas del carro. Más engaños todavía. En carteles y programas, la empresa anuncia el nombre del director de escena. Simple artificio para que usted crea que se halla ante un espectáculo con todos los requisitos, parecido al de muchos fabricantes que imprimen en el envoltorio de su mercancía el nombre de imaginarios ingredientes. Ignoro si el señor Francesc d'A. Toboso existe realmente, pero lo que sí es cierto es que el trabajo de director de escena no aparece por ninguna parte. La dirección ha sido sustituida por la dictadura escénica de Joan Capri, que ordena todos los elementos con un único criterio que nada tiene que ver con el arte dramático: su máximo lucimiento personal con el mínimo de gastos. Sabe que el espectador le perderá la nómina reducida, elaborada, además, con nombres que no le hacen correr ningún riesgo. Ni siquiera una muchacha atractiva.

Luis Cuenca, otro actor de negocios que trabaja el mismo ramo, es mucho más valiente y tiene la osadía de competir con una mujer de espec-

acabar con él. La situación, en lo teatral, no es exactamente idéntica a la del comercio en general. En este último terreno empiezan a existir algunos mecanismos de control de calidad. En el teatro, en cambio, como en el cine, existe una institución, denominada censura, que controla cualquier posible desviación moral o ideológica. Puesto que el control de la calidad lo deja en manos del espectador (¿y por qué éste sí, y no en cambio, el otro?) decidase a utilizar este privilegio. La leche es un producto de primera necesidad, pero el arte dramático no. Y además, si quiere usted divertirse, tiene usted, actualmente, otras opciones, a diferencia de los compradores de leche. Puede usted ver, hoy mismo, dos buenos espectáculos: el del Capsa y el del Español. No se haga usted cómplice de la adulteración teatral.

Si Capri fuese un mal actor, se le podría justificar. Pero Capri conoce muy bien su oficio. Se nota en seguida. Y se nota también que no se toma la molestia de utilizarlo, que saca lo justo para llenar, un viernes por la noche, diez filas de platea con espectadores que han rebasado los cuarenta.

¿Un Capri contestatario?

Se comprende, sin embargo, que muchos no se sientan defraudados a pesar de todo. Usted haga por divertirse y se encuentra con un suplemento gratis: un mensaje, una orientación de tipo ético. Capri les da, sin recargo, normas de conducta social. El público no se da cuenta de que el

la existencia de límites, de tabús institucionales, significa siempre, aunque sea en una medida muy pequeña, alterar un orden. Insignificante alteración, ciertamente: Cuenca explota las frustraciones amorosas del espectador sin invitarle a acabar con ellas; la revista no conduce a la revolución sexual. Pero le invita a soñar durante un rato. Capri, ni eso. Alza de nuevo la bandera de la mediocridad. Esa cuñada consumista a ultranza tiene, a despecho de su banalidad, una cierta grandeza: ha elegido un camino —el que conduce el «Porte»— y lo sigue con una tenacidad digna de Edipo. También el personaje de Capri posee una vaga dimensión trágica: es el hombre víctima de la fatalidad, amenazado por el dios consumo; será capaz, al menos, de un bello gesto: incendiar su propia casa. Pero el personaje que se le reserva a usted no tiene grandeza alguna: es el del grisáceo consumidor medio.

El negocio de Capri se basa, como todos los negocios, en un viejo postulado: el cliente siempre tiene razón. La fuerza de este argumento reside en su carácter aparentemente democrático: el artista se pliega a la voluntad del espectador soberano. Podríamos dejarnos seducir por esta palabrería, repetida hace pocos días en este mismo periódico por otro comerciante de la escena, Luis Portolés, si no supiésemos que ésta es la justificación suprema de todos los fabricantes de productos adulterados.

Jaume MELENDRES

CHARLY 74

SIRVIENDO GATO POR LIEBRE

Cuando se estrenó en Barcelona «Charly no te vayas a Sodoma» parece ser que la cosa fue muy bien. La compañía saltó del Español al Calderón batiendo cualquier predicción por optimista que ésta fuese; y una nada despreciable caudal de contribuyentes salieron del teatro diciéndose —entre alarmados y felices— que los chicos de Charly eran la mar de atrevidos, y que el espectáculo era de lo más «fuerte» que habían visto en muchos años. Estas opiniones, vertidas en el bar, en la peluquería, a la salida del metro, y en el acompañamiento de los funerales, posibilitaron que este exitoso suceso sorprendiese pasmosamente a la propia empresa. Tanto es así que ahora, en el teatro Talía de nuestra ciudad, se ofrece una especie de «continuación» apellidada «Charly 74» y que en realidad no es más que un sucedáneo —para alargar la bicoca— de aquel Charly que en el 73 se nos largó a Sodoma.

El espectador medio, el espectador que sale de casa con su fámula de siempre y decide ir al teatro se encuentra con un espectáculo insólito, con un barril de tacos despanzurrado sobre el escenario, con unos actores que se pasan la velada a ritmo de pitorreo... y a las postre el sufrido espectador sale del recinto creyendo que allí le han ofrecido algo fuerte, algo atrevido; y creyendo también —ingenuamente eso sí— que por una vez Madame Censura se ha colado y que sin querer ha dado luz verde a un espectáculo que la merecía rojísima.

Pues bien: nada más lejos de la realidad. Para comprender la manobra esgrimida en este tinglado, es preciso haber visto un espectáculo que se llamó «Castañuela 70», que funcionó con muchos obstáculos por la geografía hispana y que luego, debido a la prohibición, tuvo que «emigrar» al exterior, a las comunidades españolas que funcionan por centroeuropa. Quien no haya visto este espectáculo puede leer el número correspondiente de la revista madrileña «Primer Actor», no será lo mismo pero tendrán una idea bastante aproximada de lo que se llevan entre manos.

Para los que —por cualquier motivo— no hayan visto el espectáculo antes mencionado, ni tengan acceso a la citada revista (que deben ser la mayoría de los espectadores adictos a Charly) voy a contarles, muy a grosso modo, el propósito de aquel repiqueteo castañuelero.

Todo comenzó con el grupo Tábaro; grupo independiente, donde los haya. Se unieron a un conjunto musicovocal llamado «Las madres del cordero» y entre todos, en plan colectivo, escribieron «Castañuela 70». Por aquel entonces un tal Luis Portolés, alias Luis Corominas, alias Charly, trabajaba con Tábaro y representó la obra por diversas ciudades españolas. Cuando llegó la prohibición y el grupo se vio forzado a emigrar, Luis Portolés dejó a los Tábaros y se le ocurrió que podía explotar la idea escribiendo algo parecido con el peregrino truco de evitar el compromiso burlesco-denunciante que se ofrecía en «Castañuela 70». Así ideó un producto adobado con la sal gorda de los tacos, los bocadillos más o menos obscenos, la charanga fantasmónica, e incluso el chiste político, el chiste manido, sobado, manoseado... Todo ello elaborado con cierta desfachatez, con cierto desencanto, y también con una total carencia de propósito. En una palabra: se trataba de edulcorar las asperezas de «Castañuela 70», de suprimirle todo el contenido amargo que poseía, todo su revulsivo, y transformarlo en espuma de champaña, picante, verde, atrevida, es decir, aprovechar las posibilidades comerciales de una idea, y sacarle el jugo sin importarle pisotear el lugar de donde procedía. Los propósitos de incidencia social, de compromiso con la sociedad, que defendieron los Tábaros (hasta el punto de tener que abandonar España para poder representar la pieza) han sido, pues, manipulados sin escrúpulos al crearse un tinglado puramente comercial cuya única base de éxito es la aquiescencia de un público (lamentablemente manipulado también) que ríe y patalea sin preguntarse muy bien el porqué. Si se lo preguntaran probablemente se diesen cuenta de que allí, lo más original, es que los actores dedican su tiempo a deletrear y desgranar motes, palabras y sonidos que normalmente figuran en los diccionarios (sobre todo en los llamados «secreros») y según como esté el público de «caldeado» hacen de más y de menos en sus bocadillos. En el fondo Madame Censura, que conoce muy bien su oficio, ha dejado pasar el deleznable engrudo a sabiendas de que el resultado sería totalmente inofensivo; es más, que sería apostólico, católico, romano, apolítico y caro: ingredientes todos ellos para que el «status» no se vea alterado ni un ápice, como no sea más hacia atrás, si cabe.

A eso se le suele llamar: dar gato por liebre.

F. MONEGAL

RUMOR TEATRAL

Garsaball también sigue. — Ha corrido insistentemente en Barcelona la noticia de que Pau Garsaball abandonaba el teatro Capsa y, con él, la actividad teatral, al menos en su aspecto empresarial. Garsaball ha desmentido formalmente este rumor que, en la actual situación de nuestro teatro, resultaba, como mínimo, alarmante.

¿Un nuevo local? — Por otra parte, parece confirmarse la noticia, de sentido opuesto a la precedente, de la próxima apertura de un nuevo local en Barcelona, de características más próximas al café-teatro que al teatro convencional. Ventura Pons se halla vinculado a esta nueva empresa.

ESTRENO DEL ULTIMO PREMIO SAGARRA

El pasado sábado, tuvo lugar en Esparraguera el estreno de «Por», la obra de Jordi Bergoñó i Aroca, que recibió el premio J. M. de Sagarra 1973. De esta representación realizada por el grupo independiente GOC dará cuenta «Teatro/Expres» en su próxima edición.

Telexpres, 22 enero de 1974

teatro|Expres